PARADOJA DEL FLAUTISTA Y EL BOMBERO, LA MOZA, OCTUBRE Y UN NIÑO SIN ESCUELA

(CUENTO)

—¿Otra vez sin trabajo?

—Otra vez sin trabajo.

—Pues está buena la música.

—Es como lo suyo, amigo.

—El fuego tampoco avisa. Eso es verdad.

El bombero se había detenido en el rellano de la escalera, con la mano en la barandilla.

—Va usted a llegar tarde.

—Si no hay fuego, da lo mismo. Y si hay fuego, se llega tarde de todos modos.

—Usted me perdonará que siga ensayando.

El flautista, en camiseta, tenía su silla y su atril entre la escalera y la salida a la azotea.

—Me encanta escucharle un poquito.

—Que espere el fuego.

—Eso. Toque usted un ratito.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...

—Llegarás tarde a la escuela, niño.

—¿A qué escuela, señor?

El niño bajaba lentamente las escaleras, mordiendo un membrillo.

—Así va el mundo. Ahí tiene usted. Un niño que ni conoce la escuela. Luego, no hay cultura. Y sobramos en el mundo los flautistas.

—¿Hoy no toca usted, señor?

—Sí, rico. Claro que toco.

El flautista se había sentado muy derecho enfrente del atril, y empezó a tocar obstinadamente una sola nota.

—Qué cosa es la música...

—¿Va a haber fuego, señor bombero?

—No, rico. No va a haber fuego.

—A los niños les atrae el fuego.

—El fuego ahuyenta a las bestias.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—¿Han visto ustedes bajar la escalera a un niño con un membrillo?

—Ahí lo tiene. No tema usted por el niño.

La moza venía sujetándose el pelo en la nuca. Era rubia y traía las medias colgadas de un hombro.

—No es por el niño. Es por el membrillo.

—¿Va usted a tocar otro poquito?—preguntó el bombero.

—Todas las mañanas, al bajar, se me lleva un membrillo de la ventana.

—Le echaré la mañana a estos agudos...

—El membrillo me lo ha dado el señor bombero.

Asomada a la azotea, la moza gritaba vuelta al cielo, a otra azotea mucho más alta.

—¡Ya he cogido al chico de los membrillos...!

—¿Agudos, dice?

—Sí. Son muy importantes los agudos.

—Me lo ha dado el señor bombero.

—Qué cosa es la música...

El flautista señaló hacia el niño con el extremo del instrumento.

—Ahí tiene usted. No van a la escuela, y luego roban membrillos.

—Si fuera hijo mío...

—Hoy día no hay cultura. Y sobramos flautistas en el mundo.

La moza mordía el membrillo que le había quitado al niño.

—Ese niño se va a caer a la calle.

Estaba a caballo sobre la balaustrada de la azotea.

—¡Ese niño...!—gritaban desde las altas galerías.

La moza, vuelta de espalda en un rincón de la escalera, se ponía discretamente las medias.

—Pero ¿es que ese niño no tiene una madre?

—No tiene madre ni va a la escuela.

—¡Se va a matar...!

—Que le salve el bombero...

El bombero escuchaba arrobadamente los agudos de la flauta.

—Eso. El bombero...

El bombero se acercó a la balaustrada y descabalgó al niño.

—Pues no ha perdido usted la mañana. Ha salvado la vida de un niño.

—Toma, mocoso. Acábate el membrillo. ¿Quieren ustedes probarlo? Es fruta de octubre.

—¿Estamos en octubre?

—Eso. Vamos a repartir el membrillo—dijo el niño.

—Si me dejan ustedes una navaja, les parto un pedacito.

—Con el hacha del bombero—dijo el niño.

—En octubre comienza la temporada musical. Y aquí me tiene usted.

—Nunca he estado en un concierto—confesó el bombero, ensoñador.

—¿Y no piensa ir un día a uno?

—Quizá, si coincide que se incendia el teatro...

—Pues es bueno el membrillo, oiga. Pruebe usted un pedacito.

El flautista y el bombero se repartieron un pedacito de membrillo.

—A este canalla se lo deben. Me los lleva de la ventana...

El flautista reanudaba sus agudos.

—...El sol de octubre es bueno para los membrillos.

—¿Va a haber fuego, señor bombero?

—A los niños les atrae el fuego.

—Qué bonitos agudos, oiga...

La luz de octubre caía sobre la terraza y bañaba al grupo. Una moza rubia, un bombero, un flautista en camiseta, un niño comiendo un membrillo. Los obstinados agudos de la flauta vibraban en el frescor de la mañana.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...

—¿Usted siempre toca en camiseta?

—Toco como me da la gana, niño.

—Como vuelvas a llevarte un membrillo...

—Sin escuela, y robando membrillos.

—Y además, un descarado. Hoy día, no hay cultura. Sobramos flautistas en el mundo. Pero la música no morirá, amigo. Es eterna, como el fuego. Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...



FRANCISCO UMBRAL